nada ha hecho para acabar como un malvado? Esto seria desesperar de su obra, y El no debe desesperar. Desesperar es debilidad, y Dios es soberanamente fuerte. Jamas renuncia á lo mejor porque es Todopoderoso. Ahora aquí lo mejor es ciertamente que ponga al hombre en situacion de levantarse cuando ha muerto en el estado del vicio, y por consiguiente, llamándole á relacionarse en la Tierra con quienes puedan servir á su deseo, se le permita comenzar un nuevo ejercicio de moralidad.

Estas razones son mas que suficientes para hacer admitir la inmortalidad en su verdadero sentido. Nosotros habriamos podido á nuestra vez, hablar mucho sobre esta cuestion; pero hemos preferido servirnos del luminoso escrito de M. Damiron tomando de él estas páginas bien acentuadas, sencillas á la vez que verdaderas. Notad que el argumento mas fuerte en favor de la inmortalidad, es sacado de la necesidad de nuevas pruebas para la reforma del hombre.

Yo no puedo saber con exactitud qué causa ha producido esta multitud de materialistas en todas las clases de la sociedad: interrogadlos secretamente y vereis que no pueden concebir que la persona sobreviva á la disolucion del cuerpo.

"Ved, nos dicen, las plantas y los animales: nacen de un gérmen misterioso; crecen, despues se marchitan, y cuando viene el término marcado por la naturaleza, desaparecen para dar lugar á otras. Las nuevas generaciones empujan á la muerte á las viejas generaciones; ¿por qué ha de ser de otro modo con el hombre? La

muerte es la única soberana en la tierra; los infiernos, los Eliseos de todas las religiones son quimeras en que no creen ni los mismos que las han inventado."

El mal es mas profundo y mas incurable de lo que se cree; hemos encontrado estas almas excépticas tanto en las altas clases como en las ínfimas de la sociedad. ¡Pobres almas! bastante dignas, en efecto, de compasion; se hallan inquietas por la verdad, y no encuentran mas que la duda; nuestros buenos razonamientos ninguna eficacia tienen sobre ellas.

Para nosotros, dichosamente, no hay ni la sombra de una duda. *Serémos porque somos.* ¿Qué somos? Personas; serémos, pues, perpetuamente personas. Nos sentimos provistos de una cierta parte de causalidad y de sustancialidad; guardarémos, y desarrollándola, esta causalidad y esta sustancialidad. Dios era soberanamente libre para crearnos ó nó; una vez que ha decidido, en los consejos de su suprema sabiduría, llamarnos á la existencia, no podria aniquilarnos, porque no podria manifestar inconstancia, para servirnos de una bella expresion de Malebranche, y Dios es inmutable. Si nos ha dado la vida, es porque lo ha querido, y su voluntad es absolutamente perfecta y santa. ¿Podria arrepentirse de sus obras y retirarnos el ser que nos ha acordado? Creerlo seria concebir á Dios á nuestra imágen, y esto seria hacer un grosero antropomorfismo. El hombre es inmortal porque existe; la materia misma no perece, se disuelve para formar nuevos compuestos. La persona sobrevive toda entera porque es simple y una. A éste argumento, que preferimos á los

otros, le llamarémos prueba ontológica. Descartes ha dicho: Pienso, luego existo; nosotros dirémos: Existo, luego soy inmortal.

Diversos autores han emitido pruebas de la inmortalidad del alma, que, aunque no tienen el mismo valor filosófico que las precedentes, no son por esto dignas de desdeñarse.

M. Eugenio Pelletan en sus *Horas de trabajo* razona así:

"El hombre es un sér religioso: digo mas, es religioso por esencia. El animal vive y muere, pero no sabe que vive y que ha de morir. El hombre sabe, al contrario, que lleva una existencia y que tiene que dejar al fin de la jornada. Aunque no tuviera mas que la nocion de la muerte, esa nocion le constituiria una grandeza aparte de la creacion. Mas ¿por qué tener la confianza de su propio fin, si la tumba fuera la última palabra de su destino? Dios no le hubiera dado el conocimiento, sino para hacer de él una larga muerte por anticipacion. El mas bello don de su munificencia seria entónces un verdugo íntimo, destinado á leernos y releernos incesantemente nuestra sentencia de muerte, hasta el dia de la ejecucion, para verter en nosotros lenta y cruelmente gota á gota todo su horror. Nos habria concedido demasiado, y no sé por qué ironía nos castigaria mas y mas con ayuda de su mismo beneficio. El Espíritu, bajo este respecto, reflejo vivo de su Divinidad, únicamente seria un refinamiento de suplicio. Esto no es, no puede ser, ó mas bien, esto no es ni

puede ser mas que una blasfemia. Dios ha puesto la muerte ante nosotros cual severo vigía que minuto por minuto ha de llamarnos á nuestro destino. Si el hombre no tuviera la presciencia de la muerte, resbalaria por el tiempo y huiria dispersado á cada soplo del azar sin trabajar un instante en hacer provision de eternidad. Pero la fosa está ahí, siempre abierta á su mirada. El hombre la ve, y el hombre no quiere morir; no puede, en virtud de su naturaleza, consentir en morir. Sueña y piensa entónces que su vida es algo mas que la muerte, algo que hay mas allá. Hace un esfuerzo para escaparse de la dispersion, y entrar en la verdad de su destino.

"Luego si el hombre, único de los séres terrestres que tenga la idea de la muerte, sabe que debe morir, es inmortal.

"Un justo va á morir; es el mas humilde quizá de su lugar; siempre ha vivido entre los pequeñuelos, y no posee mas riquezas que el trabajo de su arado. Jamas el viento ha llevado su nombre mas léjos que el tañido de la campana de su aldea, pero ha practicado solitaria y modestamente la ley del deber. Ha practicado el bien en silencio, aun sin decir á la mano izquierda las obras ejecutadas por la derecha: pero nada de lo que hacia era perdido: el menor de sus pensamientos era, por el contrario, recogido por los ángeles del Señor. Ahora, acostado en su lecho de agonía, espera la última explicacion; y en este momento supremo, Dios, inclinado desde el fondo del infinito sobre el rostro del moribundo, con todos sus soles y todos sus siglos ali-

neados en torno suyo y en formidable respeto, recibe aquel espíritu, ya divino, y le coloca ante sí cual un mundo nuevo, vestido en su virtud con mas esplendor que la estrella del espacio y la flor mas pura del valle.

"Y en la *Profesion de fé del siglo XIX* añade: "Y de pronto, ese cuerpo caido en la muerte, se transforma en algo sagrado como si el dedo de Dios lo hubiera tocado. Diriase que era el altar ya extinguido del sacrificio, cuya llama se ha remontado al atrio celeste. ¿Por qué ese respeto al destrozado molde del hombre, si el hombre no haide ser en el desenlace de la vida mas que un poco de basura, un puñado de lodo? Ese respeto es involuntario, imperioso, de todos los tiempos, de todas las naciones. Forma parte del alma humana, ha nacido con ella y con ella vive como un elemento constitutivo de su esencia. Si es un error, un error es tambien el alma. Preciso es, pues, escoger: ó la nada, ó el hombre es una mentira. Así planteada la cuestion, está resuelta; la inmortalidad está probada."

Esta última argumentacion deducida del respeto que el alma humana profesa á los muertos, ha sido desarrollada por M. Guizot en las *Meditaciones morales* y por Ronzier-Joly en sus *Horizontes del cielo.*

Nosotros aceptamos todas estas pruebas. Cuando una proposicion es verdadera, todo se concierta para establecerlo, y no hay un solo hecho, que bien interpretado, no pueda venir en su ayuda y ponerla en una luz mas viva.

"¿Cuál es el fin del hombre, sino es la perfectibili-

dad? pues bien, la perfectibilidad es hija del trabajo. El progreso ha alcanzado el laurel del combate. Incesantemente desea el hombre, y desea la felicidad. ¿Se fijará en su marcha progresiva y continua en un punto del espacio? Nó, porque mas allá hay otro mejor, y á ese mejor es al que dirige todas sus miradas. A él tiende con todas sus facultades, con todas las energías de su alma, con todas las aspiraciones de su corazon, y va hácia Dios, su soberano bien, el bien por excelencia á la par que la felicidad suprema.

Una creencia en la otra vida; una creencia para todos los infortunios, para todos los corazones amantes, para todas las virtudes, para todas las abnegaciones ignoradas, para todas las esperanzas decaidas; una creencia en la otra vida, á fin de que todas las condiciones de dicha y de amor puedan realizarse, á fin de que todo mérito tenga su remuneracion, todo trabajo su salario; á fin de que todas las aspiraciones de los que aman, lloran, ruegan y rezan, no queden sin satisfaccion; á fin de que el sacrificio, cualquiera que sea, hecho con buena intencion, encuentre su recompensa. [*Horizontes del cielo.*]

La Providencia de Dios y la inmortalidad del alma se implican mutuamente, se confunden en un mismo pensamiento, son una irefutable prueba la una de la otra. Dan cuenta de la incesante necesidad de dicha que nos agita y nos anima; responden á esos movimientos íntimos, profundos, que llevan hácia la patria desconocida los arrebatadores impulsos de nuestros deseos; porque todo nos dice que este mundo que atra-

vesamos no es sino el alto de un dia, y nuestros corazones llenos de esperanza vuelven mas allá de los horizontes, para alcanzar esa felicidad durable que vanamente buscamos en este planeta.

La justicia es un atributo de Dios; y esta justicia, de la que apénas vemos en la Tierra palidísimos reflejos, basta para garantizarnos la persistencia despues de la muerte.

Un razonamiento sacado de la naturaleza y de la esencia del alma, que por su parte intelectual está hecha á imágen de Dios y reproduce su semejanza, constituye el fondo de la demostracion de Porfirio en su *Tratado del alma*, cuyos fragmentos nos han sido conservados por Eusebio. Citemos un magnífico pasaje, sacado del libro XI cap. XXVIII, de la *Preparacion evangélica*. Hé aquí las mismas expresiones del filósofo neoplatónico:

"Preciso es discutir largamente para demostrar que el alma es inmortal y está al abrigo de la destruccion [1] pero no hay necesidad de tan sábia discusion para establecer que de todo lo que poseemos, el alma es la que tiene mas analogía con Dios, no solamente en razon de la actividad constante é infatigable que nos comunica, sino tambien á causa de la inteligencia de que está dotada. Esta observacion es la que ha hecho decir al físico de Crotona [Pitágoras], que siendo el alma inmortal, la inercia es contraria á su naturaleza, como lo es á la de los cuerpos divinos [astros]. Que se me-

1 Porfirio hace aquí alusion al argumento de los contrarios que excitó en la antigüedad tan viva y larga controversia. (Véase M. Cousin, *Fragmento de filosofía antigua* pag. 410).

dite una sola vez, pero detenidamente, en la esencia de nuestra alma, en la inteligencia que en nosotros preside, que provoca frecuentemente reflexiones y deseos de una naturaleza tan levantada, é inmediatamente nos persuadirémos de la semejanza que con Dios tiene nuestra alma. Si se hace ver claramente que el alma humana es la que entre todas las cosas tiene mas semejanza con Dios, ¿qué necesidad hay de ocurrir á los demas argumentos para demostrar su inmortalidad? ¿No basta poner ante los ojos esta prueba que tiene un valor particular, para convencer á las gentes de buena fé de que el alma no participaria de los actos que convienen á la divinidad, si no tuviera una naturaleza divina? En efecto; contemplad al alma: está sepultada en un cuerpo perecedero, disoluble, desprovisto en sí mismo de inteligencia, que no es por sí solo mas que un cadáver, que sin cesar tiende á corromperse, á dividirse y á perecer; sin embargo, ella lo modela, lo corrije y mantiene sus partes unidas. Dá pruebas de una esencia divina, aunque esté encadenada y sujeta por esa envoltura mortal. ¿Qué seria, pues, si por el pensamiento se separase ese oro, de la tierra que le cubre? ¿No enseñaria entónces el alma muy claramente que su esencia no se parece mas que á la de Dios Por este solo hecho de que hasta en su existencia terrestre participa de la naturaleza de la divinidad, á la que continúa imitando por sus actos, que no está disuelta por la corteza mortal dentro de la cual se halla aprisionada, ¿no hace ver que está al abrigo de la destruccion?

"El alma parece divina por la semejanza que tiene con el sér que es indivisible, y mortal por sus puntos de contacto con la naturaleza perecedera. Segun desciende ó se eleva, así tiene las apariencias de ser mortal ó inmortal. Por un lado hay hombres que no tienen mas ocupacion que la buena comida como los brutos; por otro hay hombres que por su talento salvan el buque de las tempestades, ó devuelven la salud á sus semejantes, ó penetran la verdad, ó descubren el método que conviene á cada ciencia, ó inventan señales de fuego, ó tiran horóscopos, ó merced á las máquinas imitan las obras del Creador. ¿No ha imaginado el hombre, en efecto, la representacion en la tierra de los siete planetas, imitando por movimientos mecánicos los fenómenos celestes? [1] ¿Qué no ha inventado el hombre manifestando la inteligencia divina que encierra dentro de sí mismo? En verdad que esto prueba, gracias á sus atrevidas concepciones, que el verdaderamente olímpica, divina y completamente extraña á la condicion mortal; y, sin embargo, á consecuencia de su apego á las cosas terrenales, apego que la hace incapaz de reconocer esa inteligencia, el vulgo pronunciándose en favor de las apariencias exteriores, está en la persuacion de que es mortal. Los partidarios de esta especie no tienen, en efecto, mas que un medio de consolarse de su embrutecimiento; fundarse sobre las apariencias exteriores y groseras para atribuir á los demas la misma bajeza, y persuadirse así de que todos los hombres se asemejan, tanto interna como externamente. Las

1 Porfirio alude en estas palabras á la esfera de Arquímedes.

pruebas sacadas, ya sea de las concepciones intelectuales, ya de la historia, incontestablemente demuestran que el alma es inmortal."

Si Porfirio hubiera vivido en nuestros dias; ¿qué no hubiera dicho de las maravillosas invenciones que mas que nunca, dan testimonio de la divinidad del Espíritu humano por su semejanza con Dios? ¿Qué no hubiera dicho tambien del materialismo abyecto, envilecido, y del culto innoble de las voluptuosidades doradas que son azote y plaga de nuestra época? Dejamos á nuestros lectores en completa libertad de hacer todas las adiciones posibles al texto de Porfirio, fundadas las mas veces en incontestables realidades.

Bien claramente se vé que Porfirio añade á las pruebas del orígen divino del alma la que está sacada, siempre en favor de su inmortalidad, del consentimiento universal de todos los pueblos. En una obra histórica, como lo es ésta, conviene mucho insistir en ello, y tal es lo que vamos á hacer.

LA PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS DEL ALMA.

LIBRO PRIMERO.

ANTIGÜEDAD PROFANA.

CAPITULO I.

TEOLOGIA PAGANA.

La inmortalidad segun la historia.—Posicion del problema.—La metempsicosis en los Hindos.—Los Vedas.—El Bhagavad Gita.—Los libros Zends.—Zoroastro.—Los Egipcios.—Los griegos.—Los latinos.

Lord Bolingbroke, que llevó mas léjos que ninguno otro en el siglo diez y ocho, como se sabe, el espíritu de incredulidad crítica y filosófica, reconocia, sin embargo, que la doctrina de la inmortalidad del alma, y de un estado futuro de recompensas y castigos, pare-